

# JOSEPH BRODSKY

## *Estrofas venecianas*

*A Susan Sontag*

I  
Los pilotes mojados del embarcadero.  
Cabizbaja, una yegua  
agita la crin en el crepúsculo, luchando contra el sueño.  
Las clavijas de las góndolas-violines se mecen emitiendo  
un silencio intermitente.  
Mientras más confiado es el moro,  
más palabras oscurecen el papel.  
Y la mano, demasiado corta para abarcar un cuello tierno,  
aprieta contra el rostro el encaje de un pañuelo de piedra  
ajado por los dedos de Yago.

II  
La plaza está vacía, los muelles desiertos.  
Hay más rostros en los muros del café que en el café;  
una muchacha con pantalones de seda toca el laúd  
para un Mustafá ataviado como ella.  
¡Oh, siglo XIX! ¡Nostalgia del Oriente! El desterrado  
posa sobre la roca. Y la luna, como un leucocito,  
entra en las obras de los rimadores  
que mueren de tifus y dicen que es de amor.

III  
¿Qué hacer aquí de noche? No hay arias,  
la dulce Duse no está.  
Un tacón solitario resuena en el embaldosado.  
Bajo un farol, vuestra sombra, como un carbonaro asustado,  
se hace atrás tambaleante,  
exhalando vapor. De noche conversamos  
con nuestro propio eco. Éste empaña el cristal  
de un acuario de mármol, vacío e ideal  
para la resonancia.

IV  
Tras las escamas doradas de las ventanas  
que emergen del canal,  
óleos en marcos de bronce, el ángulo de un piano,  
alguna cosa.  
Es eso lo que esconden las cortinas corridas,  
los palacios tras sus branquias-celosías.  
Y si acaso te encuentras a una diosa desnuda  
la cabeza te acaba dando vueltas.  
Los zaguanes alumbrados por las anginas de las lámparas  
como diciendo *aaa* están abiertos.

V  
¡Se agitaban aquí, como los peces, las parejas danzantes!

Iban a desovar, moviéndose en cardúmenes  
dentro del óvalo  
de los espejos. Y en el vestido blanco aparecía un escote  
como un rompeolas.  
Así el siroco agitaba la laguna. Y las faldas,  
los rostros, los pantalones mezclados en la sopa.  
¿A dónde fueron todos? ¿Máscaras, polichinelas,  
capas y disfraces?

VI  
Así, lentas, como en la ópera, se apagan las luces;  
de noche pierden volumen las cúpulas-medusas.  
Así se estrecha el callejón-anguila,  
y la plaza se aplanan como un rodaballo.  
Así Nereo recoge para sus hijas las peinetas  
caídas de suntuosos peinados femeninos,  
dejando intactas las perlas amarillas  
de los faroles callejeros.

VII  
Así callan las orquestas. La ciudad se asemeja  
al esfuerzo del aire  
por prolongar la última nota al borde del silencio,  
y como atriles desordenados sobre el escenario,  
se yerguen los palacios mal iluminados.  
Sólo el falsetto de una estrella entre los hilos  
del telégrafo, allá donde reposa el ciudadano de Perm.\*  
Pero el agua aplaude, y la orilla parece escarcha  
posada en un do-re-mi.

VIII  
La noche, multiplicada por el mar,  
no da como resultado una multitud de ceros,  
es decir, de gente, aunque en verdad  
sus óvalos se vuelven cada vez más blancos.  
Deseos de quitarse la ropa, de tirar la coraza de paño,  
arrojarse a una cama, abrazar huesos vivos,  
como a un espejo ardiente, de cuya superficie  
ninguna uña te podrá arrancar. —

— Traducción del ruso: José Manuel Prieto  
y Ernesto Hernández Busto

\*El autor se refiere a Serguei Diaghilev, el famoso coreógrafo de los *Ballets Russes*, sepultado en Venecia, en San Michele.